

brotó la luz... y nos quedan
los Cantos del *Romancero*!

.....
Y avanza... adorable anciano,
si vacilante, sereno!
¿Á donde va? Dios le llama!
¡Se pierde ya en el misterio...!
¡Mirad cuán hermoso brilla
el sol que se está poniendo!

IV

Buscando simplemente la genialidad de los poetas de México, y no proponiéndome un estudio metódico sobre todos los hijos de ese país que derecho tienen á la admiración por los versos que han producido, iré citando tan sólo, á los que me han impresionado de una manera particular, ó á los que aparte de mi amistoso recuerdo, se merecen como Don Guillermo Prieto una noticia algo detallada sobre su vida y sus producciones.

Defectuoso y muy incompleto será mi trabajo; pero, ya lo repito: él no tiene sino á desarrollar el interés que se ha despertado entre los sud-americanos por los poetas del Norte. Culpa será de mi pobreza intelectual

no acertar en este libro con la forma expositiva más adecuada. Excúsenme, sin embargo, la utilidad y buena fe del propósito.

A los apuntes generales sobre varios poetas de México, fuerza es que agregue, de cuando en cuando, algunas consideraciones que pueden parecer extrañas al asunto literario en cuestión, como acaba de sucederme con Prieto; y de ello pido también excusa, porque no de otra manera lograré fijar ciertos rasgos característicos de tal ó cual hombre de letras, que necesita ser estudiado sin prescindencia del medio ambiente en que vive ó en el que ha desarrollado sus facultades.

Hecha esta aclaración, continuaré mi tarea evocando la memoria del *Nigromante*, Ignacio Ramírez, contemporáneo de Prieto y uno de los bardos que por distinto rumbo han contribuído más á la emancipación intelectual de México.

Sus versos, sobrios, rotundos, de una filosofía estoica, no se parecen á los de ningún poeta de América. Tienen algunos de ellos ese sabor amargo propio de los frutos del

árbol de la ciencia que cultivara el sabio Ramírez. Para gustarlos, hay que elevarse hasta la altura del hombre que les dió vida. Una alma frívola, difícilmente gozará con el superior desdén, con la majestad casi augusta de las siguientes estrofas de su composición

Por los desgraciados:

Indigno es de sufrir el navegante
que tiembla cuando ruge la tormenta
y se esconde del rayo resonante;

Indigno es de la lid quien se amedrenta
cuando en el campo se desata el fuego
que de los más audaces se alimenta.

Mi madre es la desgracia; pero niego
mi parentesco con aquel cobarde
que agota, si padece, lloro y ruego.

Debemos de dormir temprano ó tarde,
y entre tanto, es placer, es una gloria
de una alma desdeñosa hacer alarde.

.....
Dichoso quien su loco devaneo
alcanza á prolongar! Con sus dolores
luchar eternamente á muchos veo!

Para ellos siempre espinas, nunca flores
produce el mundo. ¿Van tras la hermosura?
en sierpes se convierten sus amores!

Con fatiga se acercan á una altura,
do su ambición pavonearse espera,
y oyen crugir la escala mal segura.

Un tesoro su rica sementera
les promete; y desátanse los ríos,
y la cosecha al mar corre ligera...

¿Quién es estoico ante hados tan impíos?
Yo no me atrevo á contemplar sus males
por temor de llorar también los míos...

.

Hay parentesco, si bien lejano, entre Ramírez y Fray Luis de León, por la índole de estos versos. No es fingida como en tantos otros, la serenidad de espíritu que se refleja en los tercetos del *Nigromante*, y es por eso que el mexicano está á la altura del español celebrísimo.

Los apóstrofes de Ramírez tienen sin embargo más energía, mayor vehemencia, hijas no de la pasión sublevada sino de su temperamento de antiguo luchador en reposo. Así, cuando dice:

Mi madre es la desgracia; pero niego
mi parentesco con aquel cobarde
que agota si padece, lloro y ruego,

recuerda las batallas en que estuvo empeñado, y fulmina un rayo contra los que tiemblan con el temor desconocido para él, varón fuerte en la extensión de la palabra y que no pasó la vida como Fray Luis, encerrado en un convento, sino en los abiertos campos de la enseñanza, de la magistratura, de la guerra y de la política.

¡Qué gran figura es la del mexicano Ramírez!

Don Hilarión Frías y Soto notable escritor, se expresa así en una biografía que hace del *Nigromante*, su compatriota:

“Vencido Miramón en *Calpulálpam*, el gobierno de la dictadura desapareció para jamás volver, y Juárez entró á la capital restableciendo el gobierno republicano.

“El primer ministerio que se organizó fué constituido con los elementos predominantes de la revolución reformista, y las personas que lo formaron representaban al partido exaltado en su más pura expresión.

“Zarco, Prieto, González Ortega, y Ramírez, fueron los encargados de desempeñar las cuatro secretarías de que se componía

entonces el consejo del Ejecutivo: tocóle á Ramírez la de Justicia, que además de los ramos de Instrucción pública y Cultos, tenía anexo el de Fomento.

“Ramírez pudo entonces plantear y desarrollar el sistema reformista, tal como él lo concebía y como lo había prometido la Revolución.

“Ejecutó la ley de cinco de Febrero de 1861, exclaustRANDO á las monjas y disolviendo las comunidades de frailes, independizó la Iglesia del Estado y suprimió el culto público; reformó la ley de hipotecas y juzgados; declaró libre el mutuo usurario, quitando al interés del capital el tipo canónico; prohibió que los sacerdotes de los cultos religiosos usaran públicamente sus trajes; reformó y mejoró el plan general de estudios; decretó la formación de la *Gran Biblioteca Nacional* y acopió los materiales necesarios para ella, salvando una gran parte de las obras que existían secuestradas en las bibliotecas de los conventos; dotó espléndidamente los gabinetes del *Colegio de Minería*; salvó los cuadros originales que había en los conventos, formando

una galería especial; mejoró el personal de profesores de la *Academia Nacional de San Carlos*; activó los trabajos de los ferrocarriles de Veracruz y Chalco y arregló las diferencias que se suscitaron con los Estados que intentaron tomar para sí los bienes de manos muertas, ubicados en sus respectivas demarcaciones.

“Después de haber realizado aquellos gigantescos trabajos que requerían un hombre de bronce, Ramírez salió del ministerio con los que le habían ayudado á consumar la *Reforma*.

“Y bajó del poder, odiado por la mayoría fanática del país y censurado por los liberales tímidos, por los que creen con *Lamartine*, que es compatible la libertad con el catolicismo, y por los que se espantan con ese cataclismo social que producen las instituciones viejas al derrumbarse.

“Ramírez y sus compañeros de aquella obra magna, se retiraron pobres á su hogar, después de haber tenido en sus manos los veintiocho millones de pesos que desamortizó la Federación . . .”

Menos importante como poeta que como hombre de ciencia y como político, alcanza aún, títulos suficientes para ser considerado entre los primeros que pulsaron la lira con honor de la patria literatura.

Sus poesías no son muy abundantes, pero tienen todas ellas gran mérito desde el punto de vista ideológico. Pocos habrán manejado el terceto con igual maestría en los temas que se ha propuesto, tan serios y tan profundos. La composición copiada ya, *Por los desgraciados*, con ser tan buena, no es superior á otra, *Por los muertos*, en que hace su profesión de fe Ramírez, ante el sepulcro, terminando de esta manera:

Cárcel es y no vida, la que encierra
privaciones, lamentos y dolores.
Ido el placer, la muerte, á quién aterra ?

Madre naturaleza, ya no hay flores
por do mi paso vacilante avanza...
Nací sin esperanza ni temores ;
vuelvo á tí sin temores ni esperanza.

Sublime conformidad, digna de un sabio,
incrédulo, panteísta !

Cualquier pobre diablo que vivió sin haber hecho bien positivo alguno sobre la tierra, muere encomendándose á Dios y á todos los santos del cielo. Ramírez, el hombre puro, el abnegado maestro que vivió para la libertad y el bien de sus semejantes, se acuesta en la tumba con una sonrisa despreciativa en los labios.

La plegaria de otros, es en él fácil resignación á perderse en el laboratorio común de la Naturaleza. No aguarda al morir ni castigo ni premio, porque se burla de los buenos y de los malos en *sus esperanzas y sus temores...*

El practicó virtudes sin violentarse. ¿Qué mérito reconoce en ello el filósofo ? De haber cometido crímenes sería tan responsable, según sus propias teorías, como de haber nacido indio en un pueblo de Guanajuato ó de tener los ojos negros y la cutis amarillenta.

Ignacio Ramírez es padre intelectual de Manuel Acuña.

La influencia del viejo ateo se siente en los versos del joven estudiante de medicina. Algo de su frío método de observación preside en

las más famosas composiciones del hijo de Coahuila.

El gran Acuña, lo mismo que infinitos discípulos de Ramírez, conformaron sus obras en el molde panteísta de su maestro.

La nueva generación mexicana debe al *Nigromante*, muchísimo de lo que constituye su nacional escuela. Esa juventud liberal, patriota, enteramente despreocupada que forma, sin exageración, las nueve décimas partes del elemento del porvenir, ama la ciencia, las bellas artes y en especial la literatura más adelantada del siglo, porque profesores de la talla de Ramírez, años atrás, difundieron desde la cátedra los principios de la civilización moderna y combatieron el error con todas sus fuerzas, hasta lograr un triunfo que por su duración y sus resultados no tiene igual en sección ninguna de América.

Inspirándome en estas mismas ideas decía yo en una correspondencia dirigida al *Comercio* de Lima desde la capital Azteca, allá por el mes de Agosto de 1892:

—*La Reforma* es en México algo como la resurrección de Lázaro. La intrusión de Ma-

ximiliano de Austria y las calamidades que se siguieron á la expropiación de los bienes de la Iglesia y cumplimiento de las leyes liberales de aquella época, fueron ahogadas por la misma diestra de Juárez, en *Querétaro*, lugar de expiación para algunos ciegos dementes que acompañaron hasta allí al no menos demente vástago de la casa de Auspburgo. Desde esa fecha comienza la felicidad de este gran país, y el pueblo así lo reconoce, yendo todos los años á depositar coronas en la tumba de Juárez, su segundo libertador y primer caudillo en el orden de las ideas.

El florecimiento literario de México, no bien apreciado por sus propios hijos y de que son victoriosa muestra poetas de la talla de Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera, Juan de Dios Peza, Manuel José Othón y otros jóvenes más, se debe entre muchas ventajas políticas y económicas, á las saludables leyes de la *Reforma*.

Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano, Vicente Riva Palacio, colaboradores de Juárez y maestros de la actual juventud, nada habrían podido hacer

sin el triunfo político é ideológico de 1857. Perseguidos ó exterminados por la guadaña del fanatismo, no habrían tampoco esparcido con otros hombres ilustres, la simiente generadora que hoy da sus frutos en tantas nuevas y poderosas inteligencias.

Á no cumplirse las leyes de la *Reforma*, á enseñorearse del poder la teocracia batalladora, apenas brillarían hoy en México algunos talentos privilegiados, con muy mediano esplendor, entre los cirios consagrados á la *Virgen de Guadalupe*. Los ingenios rebeldes, amantes de la libertad, que son aquí los más numerosos, maldecirían en vez de entonar himnos, ó no hallarían, quizá, el lenguaje que hoy acostumbran, medio asfixiados por el humazo de las lámparas y el sahumerio.

Los pueblos que arden en la guerra civil ó que gimen bajo la opresión de un partido fanático, intransigente, no ofrecen el armonioso conjunto de bardos y pensadores que ofrece México.

Cuéntanse en la capital y estados federales, innúmeros escritores que, con más ó menos ventaja son conocidos, y que deben

al diario trabajo su subsistencia. Todos, con rarísimas excepciones, son liberales rojos de escuela y mantenedores ardientes de los principios de la *Reforma*, en el periódico, en el libro y en la tribuna...